

UNA REFLEXIÓN SOBRE LA «PAX AMERICANA»

por el Académico de Número

EXCMO. SR. D. JOSÉ MARÍA DE AREILZA Y MARTÍNEZ DE RODAS*

Fue en los propios Estados Unidos donde se acuñó, por vez primera, la noción de una «Pax americana» a raíz, del fulgurante y espectacular paseo militar sin apenas bajas, de los ejércitos liberadores del Kuwait ocupado por las tropas irakíes. La «guerra del Golfo» como se le ha llamado, se convirtió en una «tormenta del Desierto» implacable y arrolladora. Reveló novedades técnicas y tácticas, hasta entonces, inéditas. Significó una exhibición del poderío castrense norteamericano, enormemente superior a cuanto se había imaginado. El hecho de que el conflicto tuviera la cobertura legal de las Naciones Unidas, en cuyo nombre y autorización se llevó a cabo la batalla, fue asimismo, otra novedad jurídica que confería protagonismo internacional activo a la vieja institución de la sede neoyorquina.

La desaparición de la guerra fría, latente desde 1949, entre las dos superpotencias, y el largo, complejo y difícil proceso interno iniciado en la Unión Soviética ha influido de modo notable en la idea de que advenía al mundo una «Pax Americana». Quedaba, en efecto, en pie, la revelación de un coloso bélico, de potencia inigualada, en el campo internacional. Poner esa fuerza al servicio de un sistema mundial de principios democráticos, capaz de evitar conflictos futuros de índole violenta, podía quizá convertirse en una situación verosímil en la que la política de Washington asumiera, de hecho, el papel del «vigilante activo» al servicio de la paz mundial.

* * *

No era nueva esa iniciativa, ni ese lenguaje en el ámbito político de los Estados Unidos. Ya en la guerra mundial del 14 al 18, el Presidente Wilson, con sus famosos

* Sesión del día 22 de octubre de 1991.

«catorce puntos», inició esa tesis de una Comunidad mundial de Estados democráticos, al amparo del predominio americano. Tesis que fue desvaneciéndose, poco a poco, ante las complejidades surgidas en torno a la redacción definitiva del tratado de Versalles, y de la propia desaparición del Presidente Wilson, del escenario político, aquejado de una enfermedad que le llevó a la muerte. Sin embargo, quedó flotando en el pensamiento estratégico-político americano de la época, la idea de un proselitismo democrático universal, que partía de la premisa ideológica de la igualdad jurídica de los estados soberanos y de aceptar una futura multipolaridad de centros de poder. Y aunque en los años veinte al treinta, los EE.UU. se replegaron sobre el continente americano y su actividad política internacional, se orientó hacia el pensamiento «hemisferista» de Monroe, la semilla de la «democracia universal» había sido sembrada en los círculos intelectuales del poder político y en los ámbitos universitarios de más alto prestigio de Norteamérica.

* * *

Veinte años después, el aislamiento, relativo, de los Estados Unidos ante las primeras fases de la segunda guerra mundial, se rompió con el ataque de Pearl-Harbour y la implicación total norteamericana, en el conflicto. Tanto Wilson en la primera guerra mundial, como Roosevelt en la segunda, utilizaron el término «*seguridad colectiva*» como reflejo de su visión preminente —y predominante— de los EE.UU., en el mundo. Pero la equívoca conferencia de Yalta y la ausencia —por fallecimiento— de Franklin Roosevelt, del escenario internacional, dieron paso, al estreno de la bomba nuclear sobre el Japón ordenado por Harry Truman. Fue, en rigor, el comienzo de una nueva era mundial, pero el monopolio atómico americano duró pocos años hasta ser compartido por la Unión Soviética, poseedora de los secretos de fabricación de la bomba y pionera de los vuelos espaciales. La guerra fría iniciada entre las dos superpotencias nucleares iba a durar hasta su término, en 1989, con la desaparición del muro de Berlín.

* * *

La superioridad evidente norteamericana y la progresiva reducción de la rivalidad soviética en la competencia armamentista, han otorgado a los Estados Unidos un poderío global evidente y han acuñado de nuevo el vago concepto de una posible «Pax Americana». Tres modelos histórico-políticos pueden servir para definir esta hipotética paz.

1.º El de la «Comunidad democrática de naciones» enunciado por Wilson y retóricamente aludido, por Bush en un discurso durante la guerra del Golfo: «A Commonwealth of democracies».

2.º Del «Balance de poderes» practicado desde el poder por el «tandem» republicano Nixon-Kissinger —y en el siglo XIX, por Bismarck— que estaba fundado en el recelo conservador hacia la inestable URSS, y en el atlantismo anglosajón, vigente.

3.º El del «hemisferio» americano, preferido por Reagan y anunciado por el

histórico «Acuerdo» reciente, de libre comercio del Presidente Bush, con México, después del pacto establecido con Canadá.

Boucheron, Presidente de la Comisión de Defensa del Parlamento francés, declaró, recientemente, que «los Estados Unidos capitalizando su aplastante victoria en el Golfo quieren extender ese triunfo convirtiéndolo en una ventaja política en cada continente».

Esta preponderancia suscita recelos, sobre todo, en tres naciones: en la desmoronada Unión Soviética; en la Alemania re-unificada y en la Francia, de Mitterrand. Cada una de ellas por distintos motivos no se sentiría a gusto, ante una hegemonía absoluta de Norteamérica. La Unión Soviética, sin embargo, se encuentra en un difícil, largo y decisivo proceso de crisis interior, política, económica y social, para cuya superación necesita, de modo apremiante, el concurso vital del poderío económico americano.

La Alemania reunida, se enfrenta —a su vez— con el incómodo proceso de digerir, con éxito, la incorporación de los millones de ciudadanos de la Alemania del Este —un tercio de la población total— y de ahí su negativa, a participar, ni siquiera, simbólicamente, en la aventura militar de la «tormenta del Desierto», alegando la prohibición constitucional y contribuyendo, en cambio, con fuertes subvenciones financieras, al colosal gasto de la guerra.

Los Estados Unidos, sin embargo, necesitan estrechar sus lazos políticos con la nueva Alemania, para lo cual buscan establecer una «relación especial», parecida a la de los EE.UU. y la Gran Bretaña, que les asegure la estabilidad y la democracia en la Europa del Este, bajo el todopoderoso paraguas económico alemán. A la vez los EE.UU. favorecen la unión económica y política de la Europa comunitaria, a pesar de lo que suponga de «amenaza» comercial futura, como método de diluir las poderosas ambiciones del subconsciente alemán, en la pluriforme empresa europea.

En cuanto a la Francia de Mitterrand, potencia nuclear, no integrada en el dispositivo militar de la OTAN, tampoco vería con buenos ojos, una hegemonía total americana, a pesar de la brillante cooperación activa de última hora, de la unidad de «élite» francesa, en la ofensiva relámpago, que puso fin a la guerra del Golfo.

Puede añadirse que la Gran Bretaña, ha sido la potencia que colaboró de modo más sustancial, en la victoria del Golfo y que el gobierno de John Major, sigue las huellas de las «relaciones especiales» privilegiadas entre Washington y Londres que se manifestaron durante años, con el gobierno de Mrs. Thatcher.

En cuanto al Oriente Medio, con la excepción del Irak, casi todos los países árabes, en mayor o menor grado —son o quieren serlo— socios o clientes de los Estados Unidos, por entender que su participación activa, sería la clave necesaria de cualquier entendimiento futuro y de lograr un acuerdo de pacificación del oriente medio.

Otro aspecto básico de la presencia norteamericana, en Europa, es la que se refiere al porvenir de la OTAN. No es posible ignorar el acontecimiento que supone, el final de la guerra fría y el reciente acuerdo de reducción sustancial de los armamentos nucleares estratégicos, en Moscú. Pero, curiosamente, un debate de la Comunidad

Económica y otro de la UEO, sobre la posibilidad de crear una fuerza militar de intervención rápida en caso de conflictos —como el de Yugoslavia por ejemplo— suscitó con rapidez, una reacción de la OTAN —formulada por Washington— en el sentido, de que se crease una fuerza de intervención rápida pero bajo mando militar norteamericano, para casos de grave emergencia. Londres fue la primera capital, en apoyar esa iniciativa y ofrecer su colaboración directa para tomar parte en ella. Francia —en cambio— reaccionó con mal humor. El gobierno de España manifestó, públicamente, su apoyo a la iniciativa «como un paso en la buena dirección» y sugirió por nuestra parte una coordinación de interés estratégico mutuo en el desarrollo de ese proyecto que se encuentra ahora, en fase de estudio y discusión.

La idea de la «Pax Americana» despierta evidentes celos y aprensiones en el conjunto asiático y en los países del «Rif del océano Pacífico». Pero algunos países de esa zona, consideran a su vez que una «Pax Americana» puede frenar cualquier intento de rearme, del económicamente todopoderoso Japón. Naciones como Singapur y otras de su área, que se hallan en plena prosperidad, ven con agrado, el predominio militar norteamericano porque suponen servirá de freno a los iniciales síntomas de que el militarismo japonés empieza a resucitar. Taiwan, Malasia, el sultanato de Brunei, la propia Indonesia, la Corea del Sur, y por supuesto, Filipinas, esperan con satisfacción, la presencia continuada, aunque reducida, de los despliegues militares norteamericanos en sus ámbitos territoriales. En resumen, puede decirse que, con o sin, el remoquete verbal de una «Pax-Americana», la superioridad militar de los Estados Unidos tiene una buena acogida en esa área del Pacífico para evitar otras amenazas peores.

Curiosamente, ha sido Bob Hawke, el Primer Ministro de Australia, quien recientemente, se ha manifestado en público, una y otra vez, acaso debido a la potencia militar y el fanatismo ideológico del superpoblado vecino, Indonesia, en el sentido de que Norteamérica, cometería un grave error, reduciendo demasiado su presencia, por motivos presupuestarios, en el área del Pacífico, pues es indispensable su presencia como factor de contrapunto, con sus 120.000 hombres que tiene desplegados ahora, en esa zona, en unidades navales o aéreas. Y en Washington, el almirante retirado Crow, que fue jefe del Estado Mayor conjunto y anteriormente, jefe de las fuerzas norteamericanas del Pacífico, en un importante artículo, publicado recientemente en «Foreign Affairs», previene al Presidente Bush y al Congreso que no lleve demasiado lejos, al recorte del presupuesto militar en Asia, pues desencadenaría a la larga una serie de consecuencias imprevisibles. «Necesitamos garantizar nuestra presencia militar activa, en la zona, por lo menos durante diez años más», escribió el ex-jefe de los Ejércitos de los Estados Unidos en esa región.

* * *

Pero quizá sea, más interesante, completar este breve resumen del concepto de la «Pax-Americana» examinando el valor de esa locución referida a la propia realidad de los Estados Unidos y de su compleja opinión pública, actuales. Contrariamente a lo que

se supone, el Presidente Bush, no se preocupaba en los días-claves, de la decisión militar, ni del estado de ánimo de sus inmensos despliegues castrenses en el área del Golfo, ni de las eventuales reacciones del mando iraquí. Su obsesión era la de saber con seguridad si podría obtener en el Congreso y Senado la autorización necesaria para declarar la guerra. Y tan escasa era la probabilidad, de que la respuesta fuera positiva, que al fin se logró con una mayoría de «sólo tres votos». Tres senadores son los que hicieron posible la puesta en marcha de la «tormenta del desierto».

* * *

Este detalle, absolutamente auténtico, revela un aspecto, muchas veces ignorado, de hasta qué punto, la preocupación del exceso del gasto público y de los compromisos que lo hacen posible, es uno de los elementos decisivos de las tendencias de la opinión de los Estados Unidos y por ende, del voto popular en las elecciones.

Por eso la guerra del Golfo, había que ganarla pronto. En pocos días. Aunque se corrieran riesgos que luego resultaron escasos. Aunque se renunciara a ocupar Bagdad y destituir a Sadam Hussein. El clima de «victoria arrolladora», sin apenas bajas propias, resultó enormemente favorable. Y la superioridad manifiesta hizo que muchos creyeran en la posibilidad de una «Pax Americana».

El Presidente Bush es hombre frío y realista. Y ha desempeñado cargos de vital importancia fuera y dentro de su país, antes de acceder a la Presidencia. Aprovechó la coyuntura de opinión favorable, lograda por la victoria, para jugar fuerte. Primero con la Unión Soviética en el tema del desarme nuclear; con Japón, en el área económica; con México, en los últimos arreglos comerciales; con los países árabes y en el seno de la OTAN; así como en África y en Asia. Pero a la larga, las exigencias imparables del control del gasto público, se harán presentes en la opinión de los Estados Unidos.

Por de pronto, hay una tendencia muy fuerte en lograr que los gastos militares, sean compartidos por los países aliados, cosa que no resulta fácil. La enorme deuda pública acumulada desde varios años, pesa sobre la economía americana acumulada desde hace varios años, como un freno a cuanto signifique compromisos nuevos. Bush lo sabe y como hábil político se abstiene de aceptar, lo de la «Pax-Americana» por considerarlo un «slogan» que puede inducir a una opinión sensible, a rechazar una política que suponga, enormes gastos suplementarios que agravarían el actual e inmenso agujero, del déficit interior.

«Paz, seguridad y prosperidad compartida es el programa que ofrecemos al mundo» fueron las palabras del Presidente en su reciente discurso a los graduados de la Universidad de Yale. «Podemos mostrar a los demás pueblos, nuestra mejor cara, los valores que propugnamos, aunque tengamos que afrontar rechazos en algunos países.»

* * *

Este alegato del Presidente Bush que no menciona para nada la «Pax-Americana» ha servido para recordar las palabras de Kennedy, en 1961, cuando anunció en su

mensaje presidencial que «los Estados Unidos pagarían cualquier precio, asumirían cualquier compromiso, y harían frente a cualquier riesgo, con tal de defender la libertad». Retórica pura, que no tuvo ocasión de ejercitar, sino en el pleito de los cohetes nucleares instalados en Cuba con resultado positivo. Pero que después llevó, a un aumento desmedido del gasto militar y al desastre interminable del Vietnam.

El senador Hamilton, del partido demócrata, uno de los más influyentes parlamentarios en materia de política exterior, expreso hace unos días, su punto de vista sobre los mensajes de Bush: «Tenemos, después de la victoria militar, gran influencia y prestigio en el ámbito mundial. Pero es preciso reconocer que no podemos imponer nuestra voluntad en el mundo. *Somos preeminentes, pero no somos predominantes. Ni queremos serlo.*»

* * *

También es interesante conocer las estadísticas de opinión, más reciente, sobre el papel de Norteamérica en la política mundial.

- El 60 por 100 de los encuestados *no desea* que los Estados Unidos tengan mayor protagonismo internacional que el actual.
- El 30 por 100, solamente, aprobaría el envío de tropas a Corea del Sur, si fuese atacada por Corea del Norte o a Taiwan, si lo atacara China.
- el 25 por 100, aprobaría el apoyo militar a las repúblicas bálticas en caso de intervención soviética.
- La gran mayoría se inclina a soluciones multilaterales. Es decir, que el nuevo orden mundial no se pueda definir como una exclusiva responsabilidad de los Estados Unidos. En otras palabras, que el mito de la «*seguridad colectiva*» que fue utilizado, como antes vimos, por los Presidentes Wilson y Roosevelt, vuelve a resonar en las opiniones de los líderes del Congreso y en los textos de los analistas internacionales de los medios de comunicación.

* * *

La idea de una fuerza de intervención rápida, mundial, capaz de hacerse presente en caso de conflicto grave, incluyendo las catástrofes ecológicas, se abre camino en Norteamérica, como freno al dispendio monetario interior, excesivo y también para evitar nuevos Vietnams o Camboyas, con su tremenda secuela de víctimas y fracasos.

Las Naciones Unidas se consideran como un instrumento que podía ser actualizado para asumir nuevas responsabilidades. En realidad, la guerra del Golfo, sólo demostró la posibilidad de utilizar la estructura de la ONU, para servir de «cobertura legal», a la invasión del Irak.

* * *

Por otra parte, la OTAN, quiere, como es obvio, un nuevo diseño interno, al desaparecer, de hecho, el objetivo central de la alianza que consistía en servir de

equilibrio militar al Pacto de Varsovia y a los enormes, variados y novedosos despliegues del poderío nuclear y espacial de las Fuerzas armadas soviéticas. La repercusión de esa considerable novedad estratégica mundial se produce también en los presupuestos generales del Estado norteamericano que necesitan supresiones drásticas si se quiere hacer frente a un saneamiento riguroso de la política monetaria de Washington. Los pactos de la Casa Blanca, con el Congreso, para sanear la disparada economía interior, obligan a tener en cuenta ese proceso de ahorro que haría imposible la vigencia material de una hipotética «Pax-Americana». Es decir que la debilidad de la coyuntura económica interior, pesa, finalmente, como un freno decisivo, sobre los planes militares y diplomáticos de gran envergadura que una «Pax Americana» activa y eficaz supondría para ser efectiva y realista.

El propio Presidente Bush ha sido quien ha renunciado al uso de esa locución por considerarla errónea y peligrosa para su prestigio político interior. La «Pax Americana» sólo se ha formulado, implícitamente, huyendo de modelos universales, como el de Wilson —democracia para todos— o el televisivo mensaje kennedyano.

No hay que olvidar tampoco que el mandato presidencial está ya en su última fase y que las corrientes de opinión, empiezan a manifestarse, en el seno de ambos partidos dominantes, el republicano y el demócrata. Los candidatos no faltan y los sondeos de opinión, tampoco. Bush tiene un margen de apoyo favorable pero su campaña no debe descuidarla, ni un día. Ha sido esta vez la esposa del Presidente, la que ha lanzado la iniciativa de la re-elección en un acto secundario celebrado en su honor. «No hay que perder tiempo —dijo— en decidir su campaña de re-elección. Necesita Bush, otro cuatrienio presidencial para realizar su entero programa dentro y fuera de los Estados Unidos», han sido las frases de Mrs. Bush que han iniciado, de hecho, la próxima contienda entre los dos partidos turnantes. Las encuestas dan, sin embargo, un gran sector de electores escépticos, a pesar de los fulgurantes éxitos guerreros de la «Tormenta del Desierto».

El Presidente, curándose en salud, no ha recogido en ningún momento, haciéndola suya, la locución de «Pax-Americana». Dejó, en cambio, que su colaborador de máxima confianza, el Secretario de Estado, Baker, hablase en Berlín, de la existencia de una «*Commonwealth atlántica de sociedades democráticas*» y de un tipo de orden, creado por todas las instituciones internacionales de cooperación que se han formado desde el final de la segunda guerra mundial. Así, el nuevo orden mundial de la Administración Bush, no era un proyecto de entidades futuras, sino más bien la consolidación de algo existente y cuya realidad empieza a ser reconocida.

Ese nuevo orden mundial no es una «Pax-americana», sino una arquitectura político-económica mundial que no es exclusiva de los Estados Unidos. Es decir que la guerra del Golfo regida y realizada sustancialmente por el mando americano, ha sido un gran factor de cambios, geopolíticos, en el mundo entero. Pero no han sido modificaciones, exclusivamente, del ámbito y del poderío, norteamericanos.

* * *

Esa guerra ha puesto de relieve varios acontecimientos notorios. Las radicales transformaciones han sido de muy diversa índole: la abdicación política de la Unión Soviética como poder mundial y su tremenda crisis económico-social interna así como el hundimiento ideológico del marxismo, en primer término. En segundo lugar, el mundo árabe se ha dividido. Las relaciones de Israel con Washington también se han modificado. Siria e Irán han ganado puntos. La Arabia Saudí, con su inmenso poderío petrolífero, ha revelado su absoluta desnudez militar. Probablemente, en otro orden de cosas, es posible que el fundamentalismo islámico se haya fortalecido.

Las Naciones Unidas han logrado, por fin, funcionar como pretendieron sus creadores, es decir convertirse en una agencia internacional que respaldase, activamente, la vigencia del derecho, incluso por la presencia de fuerzas armadas y su eventual intervención bélica en caso necesario.

La idea de América como «única superpotencia» que se manifestó, al comienzo de la guerra del Golfo, y que propugnaba un grupo poderoso de personalidades estadounidenses de signo conservador, fue poco a poco, sustituida por el realismo de los nuevos episodios que se sucedieron vertiginosamente. Así se produjo, por iniciativa franco-británica, la intervención para proteger a las minorías «shiitas» y kurdas, en el interior del Irak, desafiando el principio de la soberanía absoluta, sobre el que reposa —teóricamente— el derecho internacional moderno. La ONU, participó, como tal, en algunos aspectos de esa intervención, en la que se hicieron presentes, asimismo, unidades del ejército español.

* * *

Pocas semanas después, hemos contemplado el grave proceso del estallido yugoeslavo con sus secuelas dramáticas, vividas en Eslovenia y Croacia, dispuestas a proclamar su independencia frente al colectivo comunista serbio de Belgrado. Pero el episodio más sorprendente, lo ha dado la Comunidad Económica Europea, trasladándose a Yugoslavia, nación que no pertenece a la Comunidad y que no había solicitado en ningún momento, semejante visita. La CEE justificó esa incursión como representante de las democracias, para impedir que Yugoslavia cometiera la locura de encender una guerra en los Balcanes, capaz de extenderse como reguero de pólvora, cosa que sucedió no hace muchos años, en esa misma zona.

* * *

Los acuerdos de los grupos de países democráticos más industrializados —los Siete G— se ocuparon, en la reciente reunión de Londres, directamente de la situación económica en la Unión Soviética y del seguimiento —que entendían necesario— de sus proyectos de liberalización del mercado interior y de reformas monetarias sustanciales. Fue la Gran Bretaña la encargada de realizar ese seguimiento en nombre de los Siete más ricos. Y asimismo los «7-G» decidieron supervisar las difíciles y largas negociaciones del GATT para el libre comercio. No perdimos de vista tampoco a la incorporación política y económica de México a la entente formada por USA-Canadá,

asociación que podría extenderse a Chile, pronto, creando un mercado interior americano imbatible, verdadero triunfo del «hemisferismo».

* * *

En pocas palabras, habría que reducir los múltiples factores dispares que se han mencionado, como elementos que abandonados a su propia dinámica, revelan piezas de grave desorden potencial en el conjunto internacional. La reacción que se ha producido puede definirse como el propósito de que exista un mando de las principales potencias del mundo democrático, capaces de coordinar sus actividades para enfrentarse con superior magnitud y poderío al tipo de desorden internacional que requiera un contrapunto eficaz. Ese sería un instrumento más realista y de mayores posibilidades de actuación que la hipotética y ambiciosa «Pax-americana» en la que se pensó en un principio.

* * *

Y para completar esta información sobre la «Pax-Americana» y su escasa viabilidad como tal, creo interesante añadir el punto de vista de una gran personalidad japonesa, Yasuhiro Nakasone, que durante años, fue primer Ministro de aquella nación. Su alegato se titula Una nueva «*Pax consortium*» y se apoya en el viejo proverbio nipón de que «toda perfección aparente, es imperfecta en sí». Y que un éxito total puede llevar a la autosatisfacción y a la sobre-extensión del poder americano, con los riesgos que ello supondría en el futuro. Nakasone analiza, la situación en que quedaron el Japón y Alemania por no haber colaborado, militarmente, en la guerra del Golfo. Espera que ambas naciones superen los obstáculos constitucionales que impidieron su participación activa. Japón y Alemania tienen que hacer posible, su colaboración con Norteamérica en cualquier crisis que amenace al Occidente, bajo el patronato legal de las Naciones Unidas.

El político japonés define así su esquema del «Pax consortium» en tres puntos:

1. Un marco político de seguridad y estabilidad para cada una de las regiones o sub-regiones del mundo.
2. Un mecanismo internacional que bajo los auspicios de las Naciones Unidas regule, controle o prohíba los aspectos más peligrosos del tráfico de armas de todas clases.
3. Una organización militar de rápido despliegue para los casos que requieran intervención inmediata si así lo exigiera, la crisis producida.

Nakasone acaba su alegato diciendo que Norteamérica con su enorme poderío debiera ser en la nueva era una «*superpotencia humilde*» que coordine y consulte, con las potencias del Occidente, con el Japón, así como la China y la Unión Soviética, para establecer la «Pax consortium» que Japón propone.

* * *

Así se encuentra en los actuales momentos, la polémica sobre la viabilidad de una «Pax-Americana». He querido resumir los argumentos principales en torno a ese «nuevo orden mundial» más o menos ilusorio, surgido después de la guerra relámpago del Golfo. Puede afirmarse que el mito de la «Pax-Americana, no es viable, ni es realista. Y que las Naciones Unidas, en su contextura actual, pueden ser utilizadas para defender un determinado orden internacional, que fuera escandalosamente violado, como ocurrió en la invasión del Kuwait por las tropas de Sadam Hussein. Pero, si se pasa revista a los regímenes políticos que existen en la gran mayoría de los países miembros de la ONU, se llega a la conclusión de que se trata de regímenes dictatoriales, despóticos y en ningún caso, democráticos. Difícilmente puede ser la ONU actual, un foro de referencias seguras para defender un orden mundial de contenido democrático.

Y para terminar quiero recordar aquí, aquella magistral definición de Ortega y Gasset que decía: *«La historia, es ante todo, el cambio en el reparto del poder, sobre la tierra».*